

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, VIAJERO

ÁNGEL GÓMEZ MORENO
Universidad Complutense

La admiración por mi maestro, ha poco fallecido, me ha llevado a indagar aspectos de su vida que pudieran iluminar su amplia y sólida obra. A la luz de los datos que he reunido, se confirma una vez el proverbio *Talis hominibus fuit oratio qualis vita*. Por ejemplo, hoy tengo la certeza de que su aspecto frágil era sólo aparente: en las antípodas de la rudeza connatural a la mayoría de nuestros paisanos, toda su energía interior y exterior la volcó en el ejercicio de una profesión vocacional como pocas. Magro como era, se mantuvo ágil incluso tras pasar la barrera de los noventa. Decoroso en cada detalle y en conjunto, resultaba entrañable por la suavidad de su semblante y su palabra, y venerable por su aspecto profesoral. En cualquiera de las fotos de final de curso, en España o Estados Unidos, aparece como el arquetipo de profesor universitario. Compruébenlo, pues merece la pena, en el magnífico álbum de fotos que, con permiso de la familia, ofrecemos en la revista electrónica *eHumanista* (número 16).

La última vez que lo vi, poco antes de partir para Valencia, respondía aún a este retrato; por ello, no alcanzo a entender su muerte, si no es porque venía preparándose para ella desde la pérdida de su esposa. Cuando ocurrió este cataclismo, su nobleza de espíritu salió a relucir de forma admirable: tras cumplir heroicamente con su deber durante la larga y penosa enfermedad de doña Teresa, no mostró ningún sentimiento de liberación o de alivio (algo que, en tales casos, se entiende

tanto o más en atención al finado que a los familiares que lo lloran) sino que fue profundizando en una tristeza que, curiosamente, no consiguió borrar su característico gesto risueño.

Cada vez tengo más claro que la vida nos moldea con sus avatares y va dejando huellas en nuestro cuerpo y, sobre todo, en la cara; pero en paralelo la voluntad lucha con las circunstancias y, de ese modo, uno resulta ser su propio artífice: nos hacemos una imagen de nosotros mismos y la vamos alimentando día a día. De ello da cuenta nuestro rostro, surcado por líneas que lo dicen todo y que no se desdibujan ni siquiera en el lecho de muerte. Pero, ¿cómo veía yo a don Francisco? Pues igual que otros discípulos, seguros todos de acertar en nuestra impresión primera.

Convendrán conmigo en que, tras treinta años de trato permanente, mi testimonio tiene algún valor. No sin fundamento puedo afirmar que era inobjetablemente bueno, lo juzgue quien lo juzgue. Por añadidura, tenía un magnífico sentido del humor, lo que, a lo largo del día, hacía oscilar su semblante de la sonrisa cidiana (*sorrisós mio Cid*) a la risa abierta (su conferencia favorita, ante el gran público, era “Todos ríen en la Edad Media”). Lo he dicho muchas veces porque es la pura verdad: nunca se enfadó, jamás alzó la voz. Su envidiable contención de ánimo (la medida cidiana de que tanto le gustaba hablar) sólo precisaba de dos válvulas de escape: una era la investigación literaria, a la que no daba cuartel; la otra, el viaje, como experiencia vital y también como tema literario.

En su persona, confluían dos modos de encarar la vida: entre la quietud del estudioso, en su despacho o en el *beato sillón* de Guillén, y la búsqueda de la aventura, propia del hombre de acción. Uno y otro mundo, aunque sorprenda, bullían en don Francisco; ambos, de hecho, los adivino tras su pasión por los libros de viajes. Barcelonés como Domingo Badía, sintió enorme placer, según me contaba, al leer los viajes de Alí Bey; en su recuerdo, acaso, halló razones para optar por la



Francisco López Estrada

AMIGOS Y MAESTROS

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, VIAJERO

Embajada a Tamorlán como tema de tesis doctoral, un asunto al que volvió de continuo a lo largo de su provechosa vida.

Primero fue el desbarajuste de la inmediata Posguerra y luego el horror de la Segunda Guerra Mundial; para colmo, vino la cerrazón de la URSS. Parecía imposible cumplir un sueño: el de volver por los pasos de Ruy González de Clavijo y visitar el vasto territorio en que se encuentran Asia y Europa, habitado por escitas, tártaros, mongoles, alanos, sármatas y no sé cuántos pueblos más. Por allí anduvieron también Alejandro Magno, Marco Polo y un puñado de misioneros franciscanos que llegaron hasta el mar de China. En ese tiempo, en que el viaje suponía toda una aventura, don Francisco sintió la llamada de Oriente, que pronto desembocó en la característica maurofilia, artística y literaria, de los andaluces, casado como estaba con una antequerana y cómodamente establecido en la cátedra de Sevilla.

Como un nuevo Jean de Mandeville, durante décadas don Francisco se conformó con un viaje imaginario: novelas y películas de aventuras, grabados de David Roberts y otros artistas, y mapas, muchos mapas. La espina estaba clavada, y se la quitó a su modo, con viajes a Marruecos y Oriente Medio, con investigaciones abundantes y sesudas sobre la novela y el romancero morisco, o con su importante aproximación a la literatura de frontera, durante la Reconquista, que aglutina varios poemas épicos inadvertidos por la mayor parte de la crítica. Y, por fin, poco antes de caer el telón de acero, llegó la anhelada visita a Samarkanda. ¡Lástima que no haya encontrado una sola foto de ese viaje entre las montañas de álbumes de su casa! Por fortuna, tengo algo absolutamente original que ofrecerles: una instantánea de 1951, correspondiente a su estancia en el Marruecos español, en que don Francisco viste la chilaba de los naturales de aquella tierra. ■



Venecia, 1980
Fuente: *ehumanista*. Volume 16, 2010

LÓPEZ ESTRADA: OFICIO DE MAESTRO

JAVIER HUERTA CALVO
Universidad Complutense

Iba a cumplir en unos días los 92 años. Hasta hace no tanto tiempo había mantenido una actividad increíble para su edad: visitaba con mucha frecuencia la Biblioteca de la Facultad, solía pasar por mi despacho a charlar sobre las últimas novedades, a proponerme la publicación de un artículo, de una reseña; sobre todo, de reseñas, como si quisiera terminar su vida en el punto en que la había comenzado, es decir, comentando libros para la Revista de Filología Española. Se daba cuenta de que sus fuerzas ya no estaban para el vuelo largo del artículo de fondo, de que la memoria le iba fallando. Y es que siempre supo aplicar la racionalidad, su buen seny de catalán a cuanto hizo en la vida, en la profesión. También,

por supuesto, entre otras virtudes, la humildad. Tan modesto era que, ostentando ya la condición de emérito, no le importó sustituir en clase a los profesores que habíamos sido ayudantes suyos.

Parece ser que un día cualquiera se levantó, desayunó frugal, y, contra lo que era su costumbre, no quiso entrar a trabajar en su despacho. Pasó de largo por aquel refugio de su casa donde apenas cabía más

alma que la suya: las estanterías atestadas de libros, los ficheros rebosantes, los archivadores, la mesa con el ordenador, pues a pesar de su edad don Francisco López Estrada —a diferencia de tanto joven profesor